

PRESENTACIÓN

Hans-Georg Gadamer
(1900 - 2002)

El 13 de marzo pasado, a la edad de 102 años, falleció en Heidelberg el filósofo Hans-Georg Gadamer. Su dilatada existencia fue ejemplo de paciente maduración de un pensamiento que ha alcanzado un lugar central en la discusión filosófica contemporánea. Doctorado apenas cumplidos los 22 años, su obra capital, *Verdad y método*, solamente aparecerá en 1960, cuando Gadamer, finalmente cedió al requerimiento de sus estudiantes que lo instaron a recoger de manera sistemática las reflexiones de muchos años de trabajo. Para algunos críticos, tras el título *Verdad y método* lo que se esconde es una disyuntiva: verdad sin método, o incluso, verdad contra método. En realidad, para Gadamer no se trata de defender una oposición radical entre ambos conceptos, sino más bien de poner de manifiesto la tensión que existe entre ellos. Para el filósofo, uno de los rasgos definitorios del pensamiento moderno es la primacía del modelo científico natural, lo que dio lugar a que el concepto de verdad haya caído bajo el monopolio del método científico. En otras palabras, sólo merecería el calificativo de “verdadero” aquello que se ajuste a los procedimientos de verificación propios de la ciencia. Pese a su dominio hegemónico, este modelo le resulta a Gadamer unilateral y, por lo tanto, insuficiente, para dar cuenta del tipo de fenómenos del que se ocupan las llamadas ciencias del espíritu o ciencias históricas. Conviene señalar que para Gadamer la distinción no es entre disciplinas que requieren la aplicación de un método y aquellas que se sustraen a él, puesto que las ciencias históricas también forjan métodos de investigación válidos, sino que busca poner de relieve que en el campo de las ciencias históricas el método no agota plenamente su objeto.

Paralelamente a estas preocupaciones de índole epistemológica, el filósofo prestó, desde su más temprana juventud, una atención apasionada a la esfera del arte, en particular a la poesía. De hecho estuvo muy próximo al círculo literario que se organizó en torno de la figura del poeta Stefan George. Esta proximidad al arte, que cultivó a lo largo de su vida, le permitió entrever una dimensión de la verdad que, al igual que en las ciencias del espíritu, escapa a los moldes del método científico. Su tarea, entonces, es brindar una legitimación filosófica a la pretensión de verdad que se da en experiencias distintas a la científica.

Tras la estela de Heidegger, de quien fue discípulo fiel en su etapa de formación, Gadamer recoge y convierte en columna vertebral de su reflexión la idea de *comprensión*. En efecto, comprender, dice en *Verdad y método*, "no es uno de los modos de comportamiento del sujeto, sino el modo de ser propio del ser humano". A través de esta noción guía, nuestro autor completa el giro iniciado por Heidegger de la concepción de la hermenéutica y la convierte, en sentido estricto, en *hermenéutica filosófica*. Si tradicionalmente la hermenéutica fue entendida como el arte de interpretar correctamente los textos, en particular los de carácter religioso o sagrado, con Gadamer se extiende a todo el ámbito de la existencia humana, dado que la comprensión es el modo mismo del existir del hombre. Es esta universalización de la actitud hermenéutica la que le confiere su sello filosófico.

Desde esta perspectiva filosófica, tener una verdadera experiencia es siempre comprender algo nuevo, es decir, tener una experiencia de verdad. Así ocurre en el encuentro con la obra de arte, la historia o la tradición filosófica. La estructura de una experiencia semejante corresponde para Gadamer a la del *diálogo*. Haciendo eco a Platón, la otra gran figura que influyó desde muy temprano en su pensamiento filosófico, Gadamer otorga al diálogo un puesto central en su hermenéutica. En una conversación genuina, señala el filósofo, los interlocutores están abiertos a abandonar sus puntos de vista particulares para entrar a participar en un sentido común, compartido por los dialogantes. Se da entonces lo que Gadamer llama una fusión de horizontes.

En tanto que históricos, los seres humanos estamos inevitablemente inmersos en un horizonte particular de comprensión desde el cual buscamos dar sentido a la propia existencia y al entorno en el cual nos desenvolvemos. Ese horizonte viene constituido por la manera en que cada uno, consciente o inconscientemente, hace propio el legado de la tradición a la que pertenece. Gadamer reivindica la pertenencia a una tradición como condición positiva gracias a la cual es posible la comprensión. Esto le valió la crítica de quienes, como Habermas, consideraron la hermenéutica filosófica como una corriente demasiado conservadora y poco crítica frente a las ideologías imperantes. Sin embargo, a la vez que reconoce el efecto determinante que ejerce la tradición sobre la comprensión de cada ser humano, Gadamer también subraya que la tradición misma está permanentemente expuesta a reelaboraciones de sentido que la mantienen viva en el presente. No se trata, por consiguiente, de una recepción pasiva de lo transmitido por la tradición, sino de un diálogo en el que la tradición responde a las preguntas que se le dirigen desde la búsqueda de sentido de una actualidad. La hermenéutica filosófica de Gadamer asume con plenitud la historicidad humana y, con ella, el carácter finito y temporal de todos nuestros proyectos de existencia.

Con este número especial, la revista *Ideas y Valores* ha querido rendir homenaje, en el año de su muerte, a la memoria de quien seguramente será tenido como una de las voces más representativas y, por qué no, sabias, de la filosofía de nuestros días. Se recoge aquí una serie de artículos que, como denominador común, destacan un rasgo central del pensamiento de Gadamer, como es su disposición a participar en ese diálogo siempre abierto que es nuestra tradición de ideas y valores.

DIANA MARÍA MUÑOZ
CIUDAD UNIVERSITARIA
DICIEMBRE DE 2002